

ISSN: 0213-1854

**Alejandro Sawa y los sucesores de San Pedro:
Pío IX y Pío X, dos pontífices admirables para un anticlerical**

**(Alejandro Sawa and San Peter's successors Pío IX and Pío X,
two popes who were admired by an anticlerical)**

ROCÍO SANTIAGO NOGALES
ro.sn22789@gmail.com
UNED

Fecha de recepción: 30 de marzo de 2016

Fecha de aceptación: 9 de mayo de 2016

Resumen: Siempre se ha dicho que una de las facetas que caracteriza la producción de Alejandro Sawa es su anticlericalismo. Sin embargo, esto no significa un rechazo en su totalidad a los miembros del clero. Los investigadores no han dado demasiada importancia a un texto que escribió con dieciséis años alabando la institución del pontificado y a Pío IX, por considerarlo una simple influencia del seminario. Sin embargo, en sus crónicas de 1904 y 1907 simpatiza también con Pío X. Este estudio pretende justificar y encajar estas dos aportaciones dentro de la trayectoria sawiana para demostrar que no es una contradicción y que el objeto de crítica es un comportamiento igualmente rechazable en un seglar.

Palabras clave: Alejandro Sawa. Pío IX. Pío X. Anticlericalismo. Pontificado. Luz-oscuridad.

Abstract: It is said that Alejandro Sawa was anticlerical and it was shown in his books. However, he did not denigrate all priests. Researchers have not given importance to the first Sawa's text, where the young writer spoke well about Holy Father Pío IX. Later, between 1904 and 1907, he wrote new chronicles in favor of Pío X. This research wants to demonstrate that not only those words are not a contradiction, but also Alejandro Sawa defends some popes and clerics' behavior because of his criticism is against bad habits of all people.

Key words: Alejandro Sawa. Pío IX. Pío X. Anticlericalism. Pope. Light-Darkness.

1. Introducción

En 1878, teniendo tan solo dieciséis años, Alejandro Sawa publicó *El pontificado y Pío IX (apuntes históricos)*. Quizás, influido por la educación que en el colegio del Seminario malagueño había recibido, se aventuró a redactar este insólito ensayo. Poca importancia se les ha dado a estas páginas y el propio escritor nunca hizo alusión alguna al texto. Prácticamente, podría decirse que no entra dentro del cómputo de la producción literaria sawiana, dado que la mayoría de los estudiosos comienzan hablando directamente del naturalismo radical con *La mujer de todo el mundo* (1885). Puede que, efectivamente, tan solo se trate de una anécdota que no merezca un detallado estudio literario por presentarse como una obra en una etapa de inmadurez, recargada con un lenguaje extravagante para su edad y consagrada a la redundancia; sin embargo, dejando de lado el estilo y la cantidad de faltas ortográficas no fortuitas que pueden apreciarse en el texto, su contenido no es tan intrascendente porque se puede poner en conexión con el Sawa adulto.

Toda su obra, incluso la propia vida del escritor (recordemos que murió ciego), pueden definirse por el binomio luz-oscuridad, poniendo el foco sobre la intelectualidad, el progreso o la libertad; y asociando a las tinieblas la involución, la corrupción y la hipocresía de los seres humanos. Por poner algunos ejemplos que dan cuenta de esta afirmación, debemos destacar ciertas referencias de *Iluminaciones en la sombra* (1910), obra considerada como un diario de reflexiones cuyo título ya condensa el binomio del que hablamos:

Fue como una de esas estrellas errantes: tan pronto oro como sombra eterna [...] (Sawa 1977: 145).

—Hay —se dijo— en el mundo, como en las teogonías asiáticas, dos zonas, que se repelen, una de luz y otra de sombras [...] (Sawa 1977: 204) [...] contra todos los haces de sombra que envuelven a la vida (Sawa 1977: 210).

[...] Quiero dejar dicho, sin perisologías declamatorias, que al final de mi largo camino de pasión me aguarda la ceguera material, y que ya no sé de los faustos de la luz sino lo que mis recuerdos me cuentan: exagerado en todo y víctima de los dioses malos, yo soy quizás un pecador cuyas pupilas quedaron abrasadas por su afán de mirar frente a frente a lo Infinito (Sawa 1977: 219-220).

Es más, en las novelas naturalistas de Alejandro Sawa todas las conductas de los personajes se pueden clasificar según estas claves. Todos aquellos que tienen un comportamiento denigrante pertenecen a la sombra, mientras que los

individuos genéticamente sanos, vitalistas y con buenas intenciones, irradian una luz que, generalmente, suele ser aniquilada por la oscuridad (por aquello del determinismo naturalista y la imposibilidad de escapar a la herencia, que no solo es genética, sino también social). Uno de los títulos más ilustrativos es el de su novela *Noche* (1888), donde la represión acaba llevando a la decadencia familiar. Dice Allen Phillips: “Las notas de luz o luminosidad destacan precisamente por su ausencia en el mundo sombrío e inmoral” (Phillips 1976: 195). Pero, aún más ejemplificativa es *Criadero de curas* (1888). En primer lugar, por los títulos de algunos de los capítulos: “Ingreso en la sombra” (Sawa 1999: 199), “Et lux facta est” (Sawa 1999: 205) o “Luz en la sombra” (Sawa 1999: 209); y, por otro lado, porque se trata del ingreso de un niño en un seminario y no hay duda de que las tinieblas se sitúan en dicho lugar, siendo Manolito la contraposición, la luz y la vida: “El seminario representa todo lo opuesto. Frente al color, la negrura; frente a la vida, la muerte. [...] Lo terrible de la muerte de Manolito es que el niño es representante de todo lo puro, de todo lo hermoso” (Correa Ramón 1993: 149).

El problema del seminario es que coarta las libertades, adoctrina y, lo peor, que los curas que habitan en él son seres perversos con intenciones materialistas y una crueldad desmesurada. El mensaje de Cristo queda completamente relegado a un segundo plano, ponderándose las represiones y los castigos por encima de hacer el bien al prójimo, la compasión o la solidaridad. Cuando se produce este arrinconamiento de las pautas que debieran impulsar a la institución eclesiástica, esta pasa a ser la propia negación de la vida: “De ahí lo terrible de esa muerte, de esa aniquilación. Sawa pretende desenmascarar a una institución que está dañando, solapada y continuamente, la sociedad en que vive. El clero daña el progreso y daña la vida” (Correa Ramón 1993: 150). Solapadamente porque no se comporta del modo que debe y se enmascara bajo un mensaje que aporta como fachada pero que, en fondo, brilla por su ausencia.

Lo anterior enlaza perfectamente con otra sentencia pronunciada en *Iluminaciones en la sombra*: “Desconfiad del cura cuando os hable del sol, de las cosas francas de la vida; creedlo, sin embargo, cuando os insinúe cosas de la sombra. Si es un verdadero cura, viene de allí, y en las zonas de claridad tendría que reconocerse forastero” (Sawa 1977: 145).

Curiosa y paradójicamente, en *El Pontificado y Pío IX* la luz también está muy presente, aunque no se corresponde con aquello que Sawa asociaría con la luz en el resto de sus obras. Es más, podría decirse que el giro que experimenta es tan sumamente brusco que el binomio se da la vuelta y lo que en sus primeros años relaciona con la luz (la cual no cambia de significado y esto es importante,

por eso lo matizaremos más adelante), en el resto de las novelas se asociará, como hemos visto, con las tinieblas.

Antes de adentrarnos en la obra en sí misma, es primordial hacer mención a una serie de circunstancias que envuelven la gestación del mencionado ensayo y a lo que los estudiosos han comentado sobre ellas.

En primer lugar, la doctora Amelina Correa, en la biografía de Alejandro Sawa, especifica que el escritor estudió en los cursos 1873-1874 y 1874-1875 en el Colegio de San Sebastián, en Málaga, o lo que es lo mismo: el Seminario Eclesiástico (Correa Ramón 2008: 45). En el año 1877 ya estaba matriculado en la Universidad de Granada en la carrera de Derecho (Correa Ramón 2008: 46 y Phillips 1976: 48), si bien “los intereses del joven Sawa iban ya por un camino ciertamente muy distinto” (Correa Ramón 2008: 46). Si esto es así, en 1878 no se encontraba en el Seminario, siendo este el año de la muerte de Pío IX y el mismo en el que publica los “apuntes históricos” a los que nos referimos. No hay modo alguno de averiguar cuáles fueron las razones exactas que llevaron al joven Alejandro Sawa a elegir semejante tema para su primera publicación literaria en toda regla. Posiblemente, seguía “muy influido por sus años de estudio en el colegio del Seminario” (Correa Ramón 2008: 51), pese a los casi tres años que habían pasado y las circunstancias políticas que se habían vivido coincidiendo con las fechas en las que Sawa estaba en el colegio religioso (I República). Ahora bien, también es cierto que poca mundología podía tener Sawa, por muy brillante que fuese, con dieciséis años y habiendo residido únicamente en Sevilla y Málaga, rodeado de un clima sumamente tradicional. Pero, dada la atracción que sentía hacia la literatura, no es de extrañar que los conocimientos que tenía en ese momento (que no eran sino los transmitidos en la escuela) los quisiera plasmar por escrito. A esto hay que sumar el reciente fallecimiento del Papa Pío IX, que no deja de ser la excusa perfecta para desplegar toda una serie de reflexiones y retórica al respecto.

2. Pío IX, el abogado del progreso

Sea como fuere, e independientemente de las causas que llevaran al sevillano a redactar aquellas líneas tituladas *El Pontificado y Pío IX*, lo cierto es que el ensayo existe, se publicó, fue la primera publicación literaria del escritor y hay que acercarse a ella con rigor y objetividad: “[...] ese folleto que Alejandro tal vez no recuerde hoy y al cual, sin embargo, no puede negar sus derechos de padre y que fue su primera manifestación literaria” (Pérez Arroyo 1901: 3)¹.

¹Amelina Correa también recoge la cita en 2008: 51 y remite a Pérez Arroyo 1901.

Se trata de unas “juveniles páginas de apología católica” (Phillips 1976: 47) de estructura tripartita, precedidas de una dedicatoria al Obispo de Málaga y de un Prólogo justificando las líneas que seguían: la primera parte consta de apenas cinco hojas dedicadas a la situación de ese momento tras la muerte del Pontífice; un segundo apartado, más extenso, lo consagra al ensalzamiento del cristianismo, remontándose a su lucha contra las barbaries acontecidas en el Imperio Romano; en la tercera parte, la más desarrollada, se recoge lo que había sido la vida de Pío IX, poniendo de por medio toda clase de elogios y admiraciones. Amelina Correa clasifica la obra diciendo: “viene a glorificar y ensalzar la figura del Sumo Pontífice en un tono engolado y retórico, que hace uso de frases largas, complicadas y un vocabulario grandilocuente [...] teñidas de un halo de admiración que roza la hagiografía” (2008: 51-53). En la misma línea, Allen Phillips habla de estas páginas como: “una especie de apología y defensa de Pío IX, que acababa de morir entonces” (1976: 47). Y el profesor Gutiérrez Carbajo matiza: “defiende en el folleto sobre el Papa la religión como fuerza motriz que impulsa los corazones y la inteligencia hacia todo lo que supone progreso, cultura y perfección” (2009: 12).

Esta última cita es de suma importancia en tanto que Alejandro Sawa nunca dejará de defender todo lo que impulsa el progreso o la cultura, sin embargo, cambia de idea sobre de dónde procede ese impulso. Es aquí cuando entran en juego la luz y la oscuridad, pues, como hemos visto en el epígrafe anterior, para Alejandro Sawa la luz era sinónimo de dichos progreso y cultura, mientras que todo aquello que sumiese a la población en la ignorancia, sería equivalente a la sombra. Esta correlación no va a variar en absoluto a lo largo de su vida, pero lo curioso es que con dieciséis años identificaba a la Iglesia y la religión como las promotoras de la sapiencia de la humanidad, de tal modo que el cristianismo se insertaría entre los alumbradores, mientras que pocos años después, pasaría a ocupar uno de los primeros puestos entre los oscurantistas (recordemos la cita de la doctora Correa con respecto a la opinión de Alejandro Sawa en el momento de escribir *Criadero de curas*: “El clero daña el progreso y daña la vida”).

En el Prólogo de *El Pontificado y Pío IX* ya aparecen alusiones a Dios como la luminosidad: “mismo Dios que como síntesis, alfa y omega, principio y fin de todo lo creado y de las producciones de lo creado, iluminó a los estadistas [...]” (Sawa 1878: V). En este momento de su vida, Alejandro Sawa asocia la cultura con la religión: “no se puede concebir un pueblo culto, sin ser religioso” (1878: VI) y, considerando que la sociedad no ha alcanzado el conocimiento, metafóricamente se lamenta: “ese mismo pueblo de que nos ocupamos, permanece sumido en las espesas nieblas de la ignorancia” (1878: VI).

Paradójicamente, caminando al lado de la religión, Sawa habla de “la Literatura y la Ciencia, esas dos hermanas gemelas que nos ennoblecen” (1878: VIII). Aquí percibimos su pasión literaria y su militancia al lado del progreso, de ahí nuestra referencia a que nunca cambió de bando y siempre pensó que el avance era la luz. Así, en estos albores, parece que aboga por una concepción del conocimiento que viene dado por la unión de la fe y la razón.

Adentrándonos ya en el propio texto, quizás las partes más interesantes para este estudio son la primera y la segunda, dado que la tercera no es más que una especie de biografía (valorativa), siendo estos primeros y más breves capítulos los más subjetivos. En el primero de ellos se habla de una Europa moribunda, de una Europa que arde como una “incendiaria bomba en repleto polvorín” (Sawa 1878: 1). Esta manifestación de la luz es negativa y es preciso aclarar que en Alejandro Sawa existen dos tipos de luces: las que alumbran el entendimiento y las que estallan devastándolo todo. Dentro de estas últimas entrarían el fuego, los cañones o las llamas que prenden la mecha de la destrucción.

En un momento de cambios y de agitaciones políticas, Alejandro Sawa se refiere a una Europa que se apaga, es decir, de un continente que, habiendo sido esplendoroso, ahora agonizaba y de ahí que hable de una “luz próxima a extinguirse” o de las “llamaretadas” que había dado para quedarse reducida a la nada:

La situación de Europa pues, no puede ser más fatigosa; es una situación parecida a la del enfermo que le quedan pocas horas de vida o a la de la luz próxima a extinguirse; muchas esperanzas y proyectos, grandes llamaretadas, y después... nada; la inapetencia del agonizante, el estertor del moribundo, los fúnebres tañidos de las campanas que con sus lenguas de bronce despiden al mundo que se va y anuncian al que viene (Sawa 1878: 2).

En este clima de inestabilidad se muere el Papa Pío IX, lanzándose lo que Sawa llama “un cañonazo”, que provoca todavía más destrucción: “Consumir un mechero que había de disparar el cañonazo que todos amedrentados temíamos [...] ese cañonazo, ese suceso fatal e imprevisto es la muerte de Pío IX” (1878: 2-3).

Enteramente en clave de luces y sombras acomoda la naturaleza, en concreto el firmamento, a la tristeza que se cierne sobre la cristiandad: el sol se oculta por vergüenza porque no quiere alumbrar la tristeza, pasando a ocupar esa función la noche, opaca, sombría, lluviosa... Se crea así una doble metáfora:

Pío IX también alumbraba y ahora que ha fallecido se ha hecho la noche, el luto sobre la religión:

El sol comienza melancólico a hundirse en el espacio tal vez como pesaroso de tener que alumbrar actos dolorosos y terribles; y en verdad que no el astro de la caridad y la nitidez debía alumbrar en aquellas horas la antigua ciudad de los pontífices de nuestra religión, sino los melancólicos rayos de las estrellas, o la opaca claridad del mensajero de la noche, más opaca todavía por su interposición con las cenicientas nubes que desgarradas y sombrías amenazaban convertirse en lluvia, representación de las lágrimas que en aquel día se iban a exhalar por todo un mundo, el mundo de los católicos (Sawa 1878: 3-4).

Sawa es consciente de las críticas que ha sufrido el Pontífice, no como un hecho aislado, sino enmarcado en la idea de que la institución es retrógrada y frena el progreso. A aquellos que reprochan esto les contesta un joven Alejandro que ya identificaba la ceguera con la falta de luces intelectuales, refiriéndose a que se encuentran sumidos: “en su propia ignorancia y en la ceguera” (Sawa 1878: 4). Y es en la figura de Pío IX donde sitúa la luz y la sapiencia: “un hombre ilustre, tal vez el más de este siglo” (Sawa 1878: 5).

A continuación, pasa a la segunda parte de su ensayo, elaborando un repaso demoledor contra la civilización romana, a la que acusa de no ser igualitaria, de estar sumida en la oscuridad de “la maldad y el vicio” (Sawa 1878: 6) y de abolir “el uso de la razón y de la inteligencia” (Sawa 1878: 6). Dándose esas circunstancias es cuando aparece el Pontificado, contraponiéndose al desenfreno romano donde no existía la moralidad, y de ahí que Sawa utilice términos fúnebres como “necrópolis” o “crespón”. El nacimiento del catolicismo trae consigo progreso o justicia:

En aquel inmenso pandemónium de pasiones y crímenes; en aquella vasta necrópolis de la moralidad que con funerario crespón se recostaba indolentemente separada de la base que la sostenía, en el suelo, donde era ferozmente pisoteada por la multitud, en aquel repugnante orinal de los más absurdos vicios, en aquel maremágnum de ridiculeces y caprichos, el dolo y la desvergüenza, de ignorancia y delirio, de superstición y fausto, de retroceso y muerte, en aquella tierra infructífera al parecer, o solo valedera para alimentar víboras y plantas venenosas, de

aquella viciadísima atmósfera de fetidez y corrupción se había de nutrir el corpulento árbol del catolicismo y el Pontificado y había de fructificar la pura semilla del progreso, de la civilización, del bien, de la moralidad y la justicia, del derecho y en general de todos los sentimientos bellos y buenos que como escondidas perlas en cenagoso estanque, solemos de vez en cuando mostrar y aun darles aplicación práctica (Sawa 1878: 7).

Como se desprende del fragmento anterior, existe otra correlación metafórica en la terminología sawiana de la contraposición: lo que es luz también es vida, siendo que la oscuridad se relaciona con la muerte (recordemos la muerte de Manolito, que fue aniquilado por las sombras). La necrópolis se acaba de asociar con la inmoralidad o la ignorancia, al igual que el tañido de campanas lamentaban la muerte de Pío IX, cuya luz se ha apagado, haciéndose las tinieblas sobre la cristiandad. Por otro lado, se habla de un árbol corpulento, lleno de vida, que trae “la semilla del progreso”, “la moralidad y la justicia”. Los mismos términos referentes a un árbol lleno de vida también serían identificables con protagonista de *Criadero de curas*, apoyando la teoría de la no variación de terminología.

Retomando el análisis de la civilización romana, una de las características de la misma que más escandaliza al Sawa adolescente es la desigualdad que existe entre los hombres libres, ya fuesen patricios o plebeyos, y los esclavos, que eran tratados como objetos, al no ser más que meras propiedades. Aprovechando esta situación, vuelve a aparecer la metáfora, haciendo de la distinción entre libres y esclavos una comparativa extrapolable al resto de la humanidad, la cual también queda clasificada en dos bandos, pero, en este caso, los esclavos son los ignorantes. Para Alejandro Sawa, la ignorancia es sinónimo de esclavitud, pues en la ignorancia se anulan los destellos de un ser humano capaz de juzgar por sí mismo. Sawa siempre aboga por la libertad, en sentido literal y en una esfera más abstracta en tanto que predica la liberación de las cadenas de la ignorancia. En un primer momento, en esta obra que tratamos, reprocha a Roma el robo de la libertad a parte de la humanidad (si bien más adelante le reprochará a la Iglesia el mismo pecado) y de apagar “los destellos”:

[...] la opresión y la ignorancia conducían al lamentable estado de servus; y el de la redención, el potro del tormento en el que se destrozaban las fibras de su corazón y en el que se ahogaban los puros destellos, los divinales centellos de bondad que en las noches de tormenta

alumbran el firmamento de nuestro espíritu (Sawa 1878: 9).

Una vez más, las sombras son la decadencia y la barbarie, incluso el fanatismo que los romanos profesaban en su politeísmo. Toda esa amalgama de vicios, unidos a la corrupción y la venda sobre sus ojos, le lleva a Alejandro Sawa a calificar este período como uno de los más oscuros de una humanidad sumida en la ignorancia:

La historia entre las páginas de barbarie y enajenación mental de los pueblos no nos presenta fastos más sombríos que los que se vislumbran al superficial análisis de aquellos ominosos tiempos de decadencia [...] sus Dioses, aquellos Dioses que habían sido objeto de tanto fanatismo [...] ¡tal era la corrupción del mundo y tal su grado de ignorancia! (Sawa 1878: 11-12)

En estos momentos, la solución viene de la mano de la religión cristiana, y no es descabellado, puesto que en su mensaje predica la libertad y la igualdad:

El esclavo desconoce el sello de la igualdad cristiana con que su frente ha sido ilustrada [...] está latente en todos los periodos de la filosofía de la historia; el carácter histórico que señala la ruina de las naciones, es el inmoderado deseo de las distinciones, de las vallas, de las separaciones, de las divisiones de las clases (Sawa 1878: 9).

En definitiva, parece que la nueva religión es la salvadora, que devuelve los valores perdidos de igualdad, libertad, caridad, justicia... Y trae consigo el sistema que, en teoría, garantizaría todos esos ideales: la democracia:

Mas aparece Cristo, ese gran purificador de nuestra sociedad y con él su doctrina aquella doctrina que comienza estableciendo la igualdad humana y concluye predicando el ejercicio de las virtudes y la práctica de la caridad; aparece ese coloso de nuestra tradición señalando las bases de nuestro moderno derecho y comenzando a producir la gran revolución que se operó en el mundo todo al elocuente hábito de su poderosa palabra; aparece ese ilustre mártir de la democracia práctica [...] y proclamando la libertad del esclavo, del ilota, del paria, del

soudra, iguales en un todo [...] cuyo sentido filosófico concilia perfectamente el derecho con el deber y la libertad con la justicia y el orden; aparece rodeado de esplendor y gloria, de estigmas misteriosos y sobrenaturales, concediendo la vida al cadáver, la vista á el ciego, el oído á el sordo, la salud á el enfermo, la energía al débil, el aliento vital al moribundo, la inspiración á el idiota, la paz al desesperado, la razón al loco, las fuerzas al enclenque la vida al mundo (Sawa 1878: 13).

En este panorama, en el que parece hacerse la luz, nace la figura papal por el sencillo motivo de la inminente ausencia de Cristo, quien debe dejar un representante. No solo es interesante la explicación de la justificación que Sawa hace del Pontificado, sino que, además, recalca que en San Pedro se inicia y los demás sucesores han de continuar la misión de quien fue a predicar a Roma iluminado por el cielo: “con él nace el Pontificado y con él la serie de los vicarios de Jesucristo. A imitación de su divino maestro se presentó en Roma sólo, alumbrado por la inspiración santa que recibiera del cielo” (Sawa 1878: 14-15).

En las últimas páginas del segundo capítulo de *El Pontificado y Pío IX*, se concentran multitud de alusiones a la luz y la oscuridad, con el propósito de contraponer el despertar de la religión, trayendo consigo el conocimiento, con la vieja Roma a la que Sawa le adjudica “el oscurantismo y la barbarie”:

Cristo pues, había ganado la gran batalla; el oscurantismo y la barbarie como el Ángel caído habían sido arrojados de nuestro planeta y despeñados al infinito fondo del olvido; el progresivo desarrollo de la humanidad había recibido su primer impulso y era imposible detenerlo [...] (Sawa 1878: 16).

En los mismos términos continúa hablando de la sucesión de San Pedro, es decir, del Pontificado en general, ya no individualizado en la persona que ocupa la silla de su santidad en un momento determinado, sino refiriéndose a la finalidad de la institución: “con los rayos de sus verdades y enseñanzas, y con el resplandor de su principio, historia y fines” (Sawa 1878: 17).

Evidentemente, existe un sector crítico con la Iglesia, que la tilda de retrógrada y la acusa de poner freno a los avances. A esos ecos se va a sumar Alejandro Sawa unos años después, pero, en estos momentos, ocupa el puesto

defensivo; seguramente, porque sobre el papel las ideas y principios cristianos, así como sus proyectos educativos, son sumamente atractivos:

[...] que el Pontificado es enemigo de la luz y el progreso—siendo así que en él todo es luz y progreso— debemos manifestar, que sí en algo presentan homogeneidad todos los papas, ha sido en la construcción de espaciosos talleres de la inteligencia, donde ésta pueda desarrollar libremente sus fuerzas dentro de la esfera de la verdad, y que el espíritu de propaganda científica, literaria y artística [...] ejemplo las infinitas academias, liceos, universidades, ateneos y centros de enseñanza que por todo el orbe han sembrado los verdaderos patrocinadores de la verdadera ciencia [...] los que más alardean de libertades y transacciones, son los que más obstáculos oponen a todo lo que no sea pensar como ellos piensan, y los que más uso... o abuso hacen del tecnicismo insultante que existe en todo idioma, para escarnecer a los que difieren en ideas; [...] y llaman oscurantistas, retrógrados, enemigos de eso que llaman luz y progreso [...] ¡Paso, paso, a el Pontificado! (Sawa 1878: 18-19)

Tras este análisis de los muchos ejemplos sobre la luz y la oscuridad que se dan en estas dos primeras partes del curioso ensayo que analizamos, no podemos finalizar sin comentar algo del tercer bloque. Es cierto que el capítulo III Alejandro Sawa lo dedica a la biografía de Pío IX o, dicho de un modo más llano y terrenal, de Juan María Mastai Ferretti y, por lo tanto, son más histórico-biográficos que reflexivos. Sin embargo, el autor no pierde la oportunidad de emitir juicios subjetivos. Por cuestión de simple lógica presente y derivándose de las otras dos partes del escrito, no es difícil presuponer que, si la institución del Pontificado es sinónimo de luz y progreso, aquel que ocupe el puesto de Pedro deberá aportar ambas cosas a la humanidad. Si el propósito es ensalzar a Pío IX, no se puede decir sino que el brillo es predicable de su misión:

El niño Mastai comenzó a demostrar desde su menor edad las grandes dotes de su alma, los bellos afectos de su corazón, el gran desarrollo de su inteligencia, y la gran religiosidad de sus sentimientos; [...] su misión estaba en dar brillo y páginas de gloria al gran libro de nuestra religión [...] por esas fáciles facultades intuitivas tan características en todos los hombres ilustres que con sus

servicios han muníficos regalado brillantes páginas de gloria a la humanidad (Sawa 1878: 20 y ss).
[...] ¡Salve, venerable Pío, salve!
¡Salve, ilustre mártir de la cristiandad, salve!
¡Salve, inspirado Trovador del verdadero progreso, salve!
[...] que tu nombre ha sido borrado del libro talonario de la humanidad, y ya hace competencia al de los más elevados padres de la inteligencia (Sawa 1878: 49).

3. Pío X, el más humano

Como demostración de que el elogio papal no se reduce a una mera obnubilación de juventud, debemos adelantarnos y citar un par de crónicas de 1904 y 1907. En este caso, habiendo muerto Pío IX, el Papa del que trata Sawa en estos dos artículos es Pío X. En ambos, que comparten párrafos casi idénticos, se aprecia la simpatía que Alejandro Sawa tiene por el nuevo Pontífice al comparar a su madre con la Virgen María, alabar del antiguo sacerdote su humildad y referirse a él como el “menos pontífice, pero el más humano de todos los pontífices.” Igualmente, en la segunda de las crónicas que traemos, Sawa rescata el versículo bíblico: “los humildes serán ensalzados”, refiriéndose, una vez más, a la virtud de Pío X:

Y aunque yo no creo en este decir de agencias y de corresponsales periodísticos en Roma, no estará de más comentarlo, que es siempre tema de simpática actualidad el ocuparse del antiguo párroco de Salzano que por hermetismos de un cónclave ostenta el nombre alado de Pío X... [...] Dijo que no se sentía con fuerzas para resistir el peso con que lo consagraban luz del orbe. A presencia de tanta humildad, yo pensé en su madre, en la predestinada lugareña cuyas entrañas contenían el molde donde fue vaciado un Papa. ¡Ah, si hubiera vivido! ¿Concebís maravilla humana comparable a la de una mujer que pudiera decir, señalando al Vaticano y a la Basílica de San Pedro: “¿No habláis de Dios? Pues yo soy la madre de su representante sobre la tierra... el nardo dio su flor...”? Mientras que la multitud, arrobada ante aquella sacra maternidad triunfante, exultaba con su millonada de bocas: “¡Bendita tú eres entre todas las mujeres!” Quizá por estos antecedentes y por la obra de democratización que ha emprendido en las costumbres vaticanas, Pío X llegue a representar en la Historia en

menos pontífice, pero el más humano de todos los pontífices (Sawa 1904: 1)².

Yo quiero recordar en este quinto aniversario de su exaltación al trono pontificio la historia casi milagrosa de aquel cura párroco de Salzano que ostenta hoy por hermetismos de un cónclave el nombre alado de Pío X... [...] “Los humildes serán ensalzados”. Hace cinco años, en estos días del pasado agosto, los Evangelios estuvieron en Roma de acuerdo con la realidad (Sawa 1905: 35)³.

Conclusiones

De 1878 hasta 1907 han pasado exactamente veintinueve años, que han transformado a un Sawa adolescente de unos dieciséis años en un hombre de cuarenta y cinco que se ve en la última estancia de su vida, tras haber vivido todo lo que configura su personalidad y desarrollado unos rasgos y creencias entre los que se encontraría el tan mencionado anticlericalismo:

Comenzó su formación en el Seminario conciliar de Málaga, donde escribió un panegírico al obispo de la ciudad que contrasta con la crítica radical a la jerarquía eclesiástica que hallaremos después en una de sus obras más conocidas, *Criadero de curas* (Morante 2006: 590).

Después de este análisis, consideramos oportuno matizar que el anticlericalismo no se extiende a todo el conjunto de la religión, es decir, no va contra Dios (pese a que Sawa hable de sus “pupilas ateas” (1977: 220)), ni siquiera contra todos los ministros de la Iglesia. Sawa se manifiesta en contra de la corrupción y la falta de coherencia con el mensaje de Cristo por parte de quienes se hacen llamar miembros del clero. Pero esto no abarca exclusivamente los vicios de los eclesiásticos, pues por parte del sevillano será sancionable y merecedor de crítica todo comportamiento ruin. Igualmente ocurre con las trabas al progreso: en el momento que la Iglesia reprime las aspiraciones y los avances del ser humano, pasa al lado más oscuro; por el contrario, Sawa considera que dos hombres de Dios, es más, dos papas, que abogan por el progreso y se muestran humildes ante el mundo, son merecedores de su respeto y se considerarían llamas encendidas. Lo que se desprende, por lo tanto, de estas reflexiones es que Sawa no descalifica en

² Artículo recogido en Zavala & Chavarría (2008: 262-263).

³ Artículo recogido en Zavala & Chavarría (2008: 464).

ningún momento el mensaje de los Evangelios, sino que censura el comportamiento de quien, perteneciendo a la Iglesia, atenta contra dicho mensaje. Igualdad, humildad, humanidad o solidaridad son virtudes presentes tanto en *El Pontificado y Pío IX* como en las crónicas de 1904 y 1907. No hay más que prestar atención a la frase citada antes en la que el autor decía: “los Evangelios estuvieron en Roma de acuerdo con la realidad.”

Al final, lo que podemos sacar en claro es que Alejandro Sawa es un anticlerical porque se rebela contra una institución que lo ha decepcionado al no amoldarse a los ideales que debiera predicar, tales como libertad, caridad o justicia, sino que, en la mayoría de los casos, ha optado por la represión, la avaricia y el vicio. Todos esos comportamientos son censurables pero, si cabe, más delito tienen aún los miembros del clero, quienes cuentan con la obligación moral de cumplir con los Evangelios y no entregarse a una Iglesia mundana y corrupta. Esta generalidad no quita para que, de vez en cuando, nos topemos con clérigos que se entregan a la luz. Si Pío IX abogaba por el progreso y por la vida, y fue un impulso para la humanidad, o Pío X dio ejemplo de humildad y defendió la democratización vaticana, mostrándose más humano que divino, entonces ellos vienen de la luz, y se les podría dirigir la última frase de *Iluminaciones en la sombra*: “[...] gracias por los nuevos rayos de luz que aportáis a nuestro miserable mundo espiritual” (Sawa 1977: 223).

Referencias bibliográficas

- CORREA RAMÓN, Amelina, *Alejandro Sawa y el naturalismo literario*. Granada: Servicio de Publicaciones de la Universidad de Granada, 1993.
- , *Alejandro Sawa, luces de bohemia*. Sevilla: Fundación José Manuel Lara. 2008.
- MORANTE, José Luis, “La estética del fracaso: los bohemios”. En: *Bohemios, raros y olvidados*. Córdoba: Diputación Provincial/Ayuntamiento de Lucena, 2006, pp. 585-608.
- PÉREZ ARROYO, Gregorio, “Un poeta muerto”. En: *El País*, 25 de agosto de 1901, p. 3. Disponible en línea en: <http://hemerotecadigital.bne.es/issue.vm?id=0001914990&search=&lang=es> [Fecha de consulta: 29 de marzo de 2016].
- PHILLIPS, Allen, *Alejandro Sawa. Mito y realidad*. Madrid: Turner, 1976.
- SAWA, Alejandro, *El pontificado y Pío IX. (Apuntes históricos)*. Málaga: Imprenta del Centro Consultivo, 1878. Disponible en línea en: <http://www.bibliotecavirtualdeandalucia.es/catalogo/consulta/registro.cmd?id=1018954> [Fecha de consulta: 29 de marzo de 2016].
- , “Días pasados...”. En: *ABC*, 3 de febrero de 1904, p. 1. Disponible en línea en:

<http://hemeroteca.abc.es/nav/Navigate.exe/hemeroteca/madrid/abc/1904/02/03/001.html> [Fecha de consulta: 29 de marzo de 2016].

- , “Líneas de aniversario”. En: *Los Lunes de El Imparcial*, 9 de septiembre de 1907, p. 35.
- , *Iluminaciones en la sombra*. Edición, estudio y notas de Iris M. Zavala. Madrid: Alhambra, 1977.
- , *Criadero de curas*. Edición, introducción y notas de Francisco Gutiérrez Carbajo. Madrid: Biblioteca de Autores Españoles, 1999.
- , *Declaración de un vencido*. Edición, introducción y notas de Francisco Gutiérrez Carbajo. Madrid: Cátedra, 2009.
- ZAVALA, Iris M.; CHAVARRÍA, E., *Alejandro Sawa: Crónicas de la bohemia*. Madrid: Veintisiete letras, 2008.